

María Zambrano

Pensamiento y poesía en la vida española

Prólogo de Francisco José Martín



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo Mercedes Gómez Blesa en el Vol. I - Libros (1930-1939) de las OO.CC. de María Zambrano, 2015.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiasen, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Fundación María Zambrano, 2015
© del prólogo: Francisco José Martín, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-437-2
Depósito legal: M. 16.685-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Prólogo

Pensamiento y poesía en la vida española

23 Nota aclaratoria a la presente edición española

25 Propósito

29 Razón, poesía, historia

83 La cuestión del estoicismo español

123 El querer

Prólogo

No siempre el perfil más exacto de una vida se gana desde la comprensión de los hechos que suelen hilvanarse como historia o biografía. Hay vidas cuya íntima verdad requiere entender y comprender lo que los hechos dejaron frustrado, lo que quedó incumplido, tal vez interrumpido, abandonado en un camino extraviado. Y es que la vida, a la postre, no consiste sólo en lo que pasa, sino, también, en lo que no pasa o deja de pasar, en el vacío que deja eso que no sucede, en la negatividad que envuelve a la ilusión del desarrollo positivo de los hechos consumados. El exilio es una de esas experiencias radicales cuyo cabal entendimiento exige volver los ojos hacia la negatividad de lo real, hacia la tragedia siempre ensombrecida del suceso que es lo que no sucede. No es sólo, desde luego, el suceso de una vida lejos de la patria, ni tampoco el descubrimiento de la patria en esa distancia, en esa lejanía incolmable, sino, más bien, el suceso o

acontecimiento de lo negativo como fundamento de una existencia a la que todo –o casi– le ha sido arrebatado. Eso es el exilio: un no ser antes que un ser, un no poder ser algo que ya estaba en camino de ser, ya empezado o sin empezar aún, como si fuera una ilusión o una esperanza, tal vez un proyecto largamente meditado o un sueño lejano al que se ingresa en la noche con corazón ardiente y ojos cerrados. El exilio es el derrumbe del horizonte sobre el que la vida se sostiene y a la vida queda entonces sólo un vacío que se ofrece como desolación. Es desde ese vacío, desde esa ausencia, desde la efectiva positividad ontológica de esa negatividad que ni siquiera tiene ruinas, que debe ser entendida la vida del ser exiliado. En ella cuenta y pesa más lo que falta que lo que hay –tal vez porque lo que hay es lo que falta–.

María Zambrano es su exilio. Llegará a decir que no concebía su vida sin el exilio vivido. Es justo, pues, entender su obra como una filosofía del exilio, y no sólo porque se desenvuelve y despliega en el lugar sin lugar del exilio, sino porque hace del exilio el espacio propio de la reflexión y del pensamiento. No piensa –ni escribe– Zambrano desde la nostalgia de España, sino desde su vacío, desde el vacío que deja en su vida el fracaso de España. La suya es una vida –y una obra– que da vueltas alrededor de un único centro: ese centro es la Guerra Civil y las vueltas y revueltas son el camino en errancia recorrido del exilio.

De aquella guerra poco cabe decir ya que no se haya dicho o no se sepa, tal vez recordar que Zambrano le dedicó un libro de urgencias, *Los intelectuales en el drama de España*, publicado en Chile en 1937, y, sobre todo,

que estando entonces fuera de España decidió volver cuando a sus ojos aparecía claro que la guerra ya estaba perdida. Fue un gesto que conviene no pasar por alto: no volver –como otros hicieron– no hubiera significado deslealtad a la República, desde luego, pero volver en aquellas circunstancias era algo más que la manifestación de su fidelidad republicana. Era volver para estar al lado de los que pierden, para compartir con ellos la experiencia de la derrota. No vuelve derrotada, sino para luchar con verdadera pasión y no menor convicción contra aquella derrota que a sus ojos –y no sólo– parecía inevitable.

Zambrano vuelve para estar cerca de su pueblo. Pocos conceptos tan esclarecedores como el de pueblo para entender el posicionamiento político y filosófico de la joven Zambrano: frente a la dinámica social que su maestro Ortega y Gasset explicaba como interacción entre las masas y las élites, ella, rechazando en parte aquel elegante andamiaje del pensamiento más moderno de entonces, volverá los ojos atrás para recuperar el concepto tardorromántico de pueblo, sobre todo en el uso que de él hicieron en España los intelectuales de la Institución Libre de Enseñanza y de la Generación del 98. Volver a España era también, en aquel gesto suyo, volver a Galdós y a Unamuno, a Machado y a Giner. Pero sin renunciar a Ortega, por mucho que le enfadara su distanciamiento de la República y su salida de España al empezar la Guerra. Más allá de cualesquiera diferencias ella iba a reconocerse siempre en su magisterio: incluso cuando después su obra manifestaba ya una clara discrepancia con la del maestro no dejó de insinuar y repetir que su razón

poética había nacido en el seno de la razón vital orteguiana y como desarrollo interno del orteguismo.

Perdida la Guerra Zambrano siguió la suerte de aquella España peregrina que iba a encontrar en México un lugar de acogida, un refugio amable, a diferencia de otros que lo fueron mucho menos (piénsese en los campos de concentración franceses, por ejemplo). Aunque en su caso tal vez no fue tan amable, a juzgar por el poco tiempo que iba a permanecer vinculada a la Universidad de Morelia y a la Casa de España, pues enseguida la veremos entre Cuba y Puerto Rico, donde iba a pasar años mejores, según ella misma cuenta, y luego en Roma y más tarde en el pueblecito suizo aquel desde el que volvería a España cuarenta y cinco años después de haberla abandonado. Otra vuelta, otro gesto no menos significativo de aquel otro de su juventud, un gesto que hablaba por sí solo y decía que ya era hora de volver, que en su caso ya se podía volver, o se debía, que había que cerrar heridas y mirar hacia adelante, sin duda, pero sin olvidar, no tanto la historia, sino lo que la historia enseña: que no había que cerrar los ojos al pasado y que la memoria del exilio debía ser salvada para iluminar el camino de la nueva democracia española.

La geografía del exilio traza itinerarios en ciudades hermosas y destinos que no lo son y quedan lejos, en una distancia difícil de entender porque más que de espacio está hecha de tiempo, o mejor: más que de solo espacio está hecha sobre todo de destiempo. En general los relatos del exilio desatienden tanto las privaciones sobre las que la vida se sostiene como las ausencias cotidianas que la llenan. A veces son los muebles escasos y mal compaginados

de la casa o un vestido ajado y deslucido que cuelga solitario en el armario los que delatan el ser de lo que falta, que es lo que de veras cuenta en las fotos que nos llegan del exilio. En México Zambrano cumplió con un exigente contrato de docencia y se volcó en una escritura no menos exigente de la que en pocos meses salieron dos libros y su salud maltrecha: *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Filosofía y poesía*. Dos libros gemelos, sin duda, complementarios, en cuya unidad profunda –respetuosa de su diferencia– empieza a mostrarse la razón poética como propuesta filosófica ante aquel aciago presente en crisis.

Era el año de 1939 y el final de la Guerra Civil anticipó de muy poco el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Hay que imaginarse al presidente Negrín intentando juntar de facto ambas guerras y así tal vez –pensaba– poder salvar la República, y al coronel Casado, con Besteiro, pensando en salvar las vidas de los republicanos que en Madrid ya no tenían escape. A finales de enero María Zambrano cruzó la frontera francesa. Hay que imaginarse ese paso de los Pirineos en aquel crudo invierno, el aguanieve cayendo como un largo lamento y la larga fila humillada de españoles que caminaban como podían fuera de España. Esa experiencia haría mella en su pensamiento. No sólo en su pensamiento, sino en su misma vida, incluso en la manera de mirar las cosas que le quedó desde entonces. En marzo Zambrano ya está en México y en diciembre en Cuba. El paso por México es breve pero intenso. Siente la urgencia de pensar, como en Chile al principio de la guerra, sólo que ahora el horizonte es aún más negro y no puede no pensar sino desde la desposesión y el fracaso.

Algo había fracasado, sin duda, pero ella quería fundar una nueva esperanza, tal vez abrir un camino nuevo. Nunca estuvieron más entrelazadas la filosofía y la vida. Lo urgente era entender el fracaso, un fracaso que era uno y era doble, a la vez, en su sentir y en su pensar: el fracaso de una nación, España, y el fracaso de la filosofía occidental, tal vez sólo el del modo de pensar que se había hecho dominante en Europa durante la modernidad. España y Europa habían viajado por vías diferentes, incluso muy diferentes desde el inicio de la Edad Moderna. Y si hubo un tiempo (no muy lejano, pues corresponde a los años de formación de la joven Zambrano) en que la inteligencia española pensó salvarse mirándose en el espejo de lo europeo, a la Zambrano de esta hora trágica del inicio del exilio –en aquel interregno que fue el tiempo suspendido entre el final de una guerra y el inicio de otra– le era claro ya que la vieja consigna de la europeización de España había sido una quimera. Había hablado el tiempo y lo había dicho en las trincheras.

A la joven Zambrano no le era ajena la crítica del racionalismo moderno, pues, en buena medida, ese fue el horizonte de su formación. En él convergían, por un lado, el variopinto universo intelectual de los institucionistas, que le llegaba a través de su padre y del círculo de sus amistades segovianas, Machado a la cabeza de todos, al que se añadían los pensadores de la Generación del 98 (Unamuno, Azorín, otra vez Machado), y, por otro, el más estructurado de los intelectuales de la Generación del 14, sobre todo a través de sus estudios universitarios con aquel magnífico profesorado madrileño, con Ortega y Gasset a la cabeza, sin duda, pero en el que también

hay que mencionar, al menos, a Xabier Zubiri, Julián Besteiro y Manuel García Morente. Algo así como un suelo fértil ampliamente preparado por la acción cultural del espíritu institucionista y noventayochista sobre el que iba a caer después la mejor semilla del pensamiento orteguiano, que no era sólo doctrina filosófica o contenido de la filosofía, sino método de la filosofía y modo de concebir tanto la filosofía como el ejercicio filosófico.

En España antes de la guerra Zambrano había publicado un libro, *Nuevo liberalismo*, y algunos artículos en prestigiosas revistas de entonces, como *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya*, que le habían dado renombre y muchos años después, ya en pleno exilio, integrarían con otros el volumen de *Hacia un saber sobre el alma*. Los dos libros de México de 1939, en cambio, introducen algo que suele pasar desapercibido cuando se insiste en la línea de continuidad temporal de la vida, con sus antes y sus después, porque la Guerra Civil, en fondo, fue lo que hizo saltar la continuidad, todas las continuidades, y aunque después podamos colocarla en otra continuidad que la incluye, o lo intenta, lo cierto es que, a pesar de todo, de todos los esfuerzos que se hagan en un sentido o en otro, va a quedar siempre fuera y va a reclamar para sí el ser punto de inflexión o de ruptura. Eso es ser un centro: un final que se hace principio y del que hay que ser capaces de hacer que todo pueda volver a empezar. Eso son los libros gemelos de 1939, un nuevo inicio, tal vez el inicio verdadero, el que sigue al segundo nacimiento que fue para Zambrano la aceptación del exilio.

La Guerra Civil fue algo así como el grado cero de la entera historia de España. Eso fue en la experiencia de

su pensamiento. Por eso, más que seguir, su pensamiento empieza ahí, aunque no sea ahí donde empiece su obra, en esa guerra que en el tránsito hacia el exilio se había convertido en el centro oscuro del que brotaba toda la historia. Escribir en México aquellos dos libros gemelos fue para Zambrano como querer llegar hasta ese centro oscuro, o, cuanto menos, iluminar el camino de su sentido. Y a las primeras luces, acaso aún medio en penumbra, tal vez se dio cuenta que ese camino no requería sólo una torsión del cuerpo y volver la vista atrás, sino que llamaba desde adelante para ser desandado. Llamaba, pensó o entendió Zambrano, a la formulación de una nueva filosofía.

La razón poética está ya toda en esa torsión que reclamaba el alma perdida del mundo y de las cosas. La filosofía se había entregado a la violencia del concepto y la modernidad había rebajado definitivamente el valor cognoscitivo de la metáfora. Zambrano lo sabe desde atrás, pero ahora, en aquella hora trágica del mundo, no puede no ver en todo ello la responsabilidad de la filosofía. O cuanto menos, de aquella filosofía que había dominado el curso de la modernidad y había escrito la historia con minuciosa soberbia. Porque lo que Zambrano descubre, en efecto, o como efecto de su vencimiento y de su derrota, son los saberes vencidos en cualesquiera contiendas que habían quedado marginados entre los pliegues de la historia. La literatura es un saber y la metáfora su instrumento de conocimiento. Pero Platón condena y Descartes ratifica. Fue el exilio de la literatura. Y Zambrano piensa que la torsión de la razón poética deba hacerse recomponiendo la unidad perdida de filosofía y

poesía. Si con la separación hemos llegado hasta aquí —parece que diga— quizá valga la pena ver adónde se llega por ese otro camino acaso abandonado, tal vez olvidado, sin separarlas, antes bien buscando su más plena integración, buscando sin escatimar esfuerzos la recomposición de una unidad perdida que ahora parecía volver a brillar como una estrella lejana en el horizonte.

Todo eso debió de ir pensando en aquel singular camino del exilio que empezó recién llegada a México, o tal vez ya antes, en uno de aquellos barcos de la esperanza que cruzaron el Atlántico cargados de desesperanza e ilusiones perdidas. Morelia es para Zambrano un exilio dentro del exilio. Quizá no lo fuera, o no lo fuera del todo, pero ella lo vivió así, como si hubiera sido alejada sin razón de Ciudad de México. Por eso acaso sintió que era una ocasión de desquite la invitación de la Casa de España para impartir un ciclo de conferencias bajo el título de *Pensamiento y poesía en la vida española*. Las conferencias se impartieron los días 12, 14 y 16 de junio de 1939. Zambrano escribió las conferencias y en septiembre la misma Casa de España las editó en forma de libro con ese mismo título. De su escritura cabe decir dos cosas. La primera: que fueron escritas para ser leídas en público, cosa que Zambrano misma confiesa que hizo, acaso porque a medida que se acercaban las fechas y en consideración del desafío que se había impuesto debió de sentir no poco susto y no quiso correr el riesgo de que la emoción pudiera traicionar su pensamiento. La segunda: su estilo, tan alejado de las formas sistemáticas de la filosofía que en sus páginas se critican y deploran, se inscribe de pleno en la mejor tradición del ensayo hispánico, donde la escritura

no es ni pretende ser el reflejo o la cristalización de un resultado del pensamiento ya ganado de alguna manera pura y anterior a la expresión lingüística, sino un camino que hace de la misma expresión lingüística del pensamiento el centro de acción de una filosofía que a la búsqueda de la verdad une de manera inescindible la búsqueda de la belleza. No basta escribir, hay que escribir bien. Y bien quiere decir que las palabras no deben ser sólo hermosas, sino honestas. Así escribe Zambrano.

Los tres ensayos que componen *Pensamiento y poesía en la vida española*, desiguales en extensión y quizá también en puesta a punto, sobre todo el último, que resiente falta de tiempo/espacio para tratar como se debe un tema tan amplio y tan complejo, como la propia Zambrano confiesa, representan una de las más certeras y convincentes respuestas a aquella intuición de Unamuno según la cual el pensamiento español estaría todo él entremezclado con la literatura y con la mística. Zambrano, en efecto, explica el porqué de aquella diferencia hispánica a la que también andaba dando vueltas Américo Castro en un exilio distinto y semejante. Castro acuñó un nombre perfecto: *vividura*. Zambrano habló de forma de vida, pero era lo mismo, o casi. Entre ambos, como un puente oculto, juntando sus diferencias, que no eran pocas, aparecía la sombra de Zubiri. Zambrano indaga en las categorías de la vida española, verdadera contribución al esclarecimiento de esa forma de vida hispánica en la que radicaría la diferencia específica que separa definitivamente lo español de lo europeo. Ahí quedan: son para leer despacio y meditar después en qué punto volvimos a extraviar el camino.

El libro era también una respuesta no menos certera y no menos convincente al marco teórico del entonces llamado problema de España y al largo e intenso desarrollo que había tenido en España en amplia variedad de tratados y ensayos en los que debatieron regeneracionistas, noventayochistas y novecentistas. Costa y Altamira por un lado frente a Ganivet y Unamuno, con Maeztu en medio, a los que se añadirían después, Ortega y Araquistáin, quizá con D'Ors de soslayo, entre otros muchos, claro está, y en los que se fue pasando de la devoción europea a la crítica del europeísmo y a su refundación dentro del reformismo de la Generación del 14. Zambrano se inscribe en ese debate y lo cierra, aunque en verdad ya lo había cerrado Ortega al certificar que el problema de España había que inscribirlo en lo que él llamó entonces el problema de Europa y nosotros hoy llamamos crisis de la modernidad. Había, en efecto, una crisis europea, de la que Ortega había empezado a tomar conciencia cuando ante sus ojos se abrieron las trincheras de la Segunda Guerra Mundial, y era una crisis general, sin duda, una crisis que afectaba al orden general de la cultura y de la vida europeas, sólo que ahora, ante Zambrano en la coyuntura de 1939, aparecía claro que el nuevo orden mundial salido de aquella primera guerra (en la que hay que colocar también el advenimiento de la revolución rusa) había vuelto a explotar y las heridas que parecieron cerrarse volvieron a abrirse como nunca antes pudo imaginarse. Y Zambrano pensó, y no le faltaban razones para pensarlo, que de esa nueva crisis sólo podía salirse desandando el camino de la modernidad triunfante y volviendo a empezar alguno de los muchos

que habían quedado olvidados (abandonados, postergados, marginados), como, por ejemplo, ese camino español que tan poco había contribuido al triunfo de la razón moderna, pues en gran medida –eso pensaba ella en consonancia con una de las ideas madre de aquel liberalismo español de sus años de formación– había permanecido al margen. El ascenso de Europa había coincidido con el descenso y la decadencia de España. Tal vez ahora era llegada su hora, piensa Zambrano, o propone sin ningún patriotismo de ningún tipo, sino por la simple razón de peso de que en España, a diferencia de Europa, podía encontrarse aún una forma de vida acorde a las posibilidades del necesario despliegue de la razón poética en aquel mundo en crisis.

No fue así, claro está, pero Zambrano nunca dejó de pensar que esa indagación suya en la tradición literaria española sacaba a la luz un modo de pensar del que ella se sentía parte en causa y proponía como posible solución a la general crisis de la cultura occidental. Lo prueba el hecho de que más de veinte años después publicaría una suerte de continuación de *Pensamiento y poesía en la vida española* con el hermoso título de *España, sueño y verdad*. Pero ésa es ya otra historia.

Francisco José Martín

Pensamiento y poesía
en la vida española

Nota aclaratoria a la presente edición española

Quisiera decir que la presente edición publicada en el Fondo de Cultura Económica para «La Casa de España», septiembre, 1939, corresponde a tres conferencias leídas, y a ratos dictadas, como miembro de «La Casa de España» en la ciudad de México, siendo yo profesora en Morelia (Michoacán). Tiene, pues, un estilo oral, aunque yo por timidez las leyera. Corresponde a un momento decisivo de mi vida: nada más terminada la guerra de España, en México encontré no sólo la acogida, que México dio a tantos refugiados, sino una más inapreciable todavía, la de encontrar manera y lugar apropiados para mi pensamiento.

Y así, a más larga distancia, en diferente situación la corregí sin tocar a la sustancia misma del libro, mas con un sentido crítico en cuanto a la forma y no a las palabras. Fue publicada en España ya en una edición, «Obras Reunidas, primera entrega»; aunque la situación mía y el lugar

mismo habían cambiado, yo la corregí. Debo decir que en «Obras Reunidas» (Editorial Aguilar), las correcciones que había hecho no fueron enteramente respetadas, es pues, ahora en esta presente edición donde mis correcciones de forma y de tono, que no era ya el oral, aparecen.

Se trata, pues, de esta nueva edición, que al lector se presenta, la primera que sin borrar el contenido y sin disminuir el sentimiento de acogida que México dio a mi pensamiento, responde a las correcciones fielmente. Es una edición corregida y encuentro que este volumen así presentado, a secas, sin ningún añadido, sin ningún acompañamiento, tiene un valor original que no se le puede confundir, ni acometer, con trozos o fragmentos o notas relativas a este tema. Es, en este sentido un acierto, presentar una fiel edición a mi pensamiento originario. Se trata de fidelidades. Las pequeñas correcciones que en el texto aparecen han sido revisadas con este criterio de mi pensamiento más allá del tiempo y aun de la forma oral que tuvieron aquellas conferencias.

Creo que se trata de algo que merece la pena ser ofrecido al lector sin ambigüedad de ninguna clase.

María Zambrano
Madrid, otoño de 1986

Propósito

Las siguientes conferencias pronunciadas en México, bajo los generosos auspicios de *La Casa de España*, que de tantas maneras, llenas de inteligencia y eficacia, hace posible la continuación de nuestra vida intelectual lejos de España, no son sino breves trozos de algo pensado, y más que pensado, intuido, con mucha mayor amplitud. He de confesar que, hasta julio de mil novecientos treinta y seis, en que España se lanza a la hoguera en que todavía arde con fuego recóndito, no me había hecho cuestión de la trayectoria del pensamiento en España. Absorbida enteramente en temas universales, resbalaba sobre mi atención, eludiendo muchas veces la naciente extrañeza que me producían las peculiaridades extremas del pensar español, es decir, de la función real y efectiva del pensamiento en la vida española. Son abundantes los tópicos que circulan acerca de ella, pues la situación de España en el concierto de la cultura, es tan singular que necesita-